



Hablamos con el Señor
sábado, 12 de octubre

Súplica

Espíritu Santo, respira en mí

Respira en mí, ¡oh Espíritu Santo!,

para que mis pensamientos puedan ser todos santos.

Actúa en mí, ¡oh Espíritu Santo!,

para que mi trabajo también pueda ser santo.

Sedúceme, ¡oh Espíritu Santo!,

para que sólo ame lo que es santo.

Fortaléceme, ¡oh Espíritu Santo!,

para que defienda todo lo que es santo.

Guárdame pues, ¡oh Espíritu Santo!,

para que yo siempre pueda ser santo.

Amén.

SAN AGUSTÍN

La santidad en el pueblo de Dios

La santidad es el rostro mas bello de la Iglesia

El Papa Francisco nos dice:

... tenemos «una nube tan ingente de testigos» (12,1) que nos alientan a no detenernos en el camino, nos estimulan a seguir caminando hacia la meta. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cf. 2 Tm 1,5).

Quizá su vida no fue siempre perfecta, pero aún en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor.

(GE3)

Traigo a mi interior a todas las personas que me han ayudado a ser buen cristiano porque han vivido la santidad en mi ambiente...

Le doy gracias Dios por ellas...

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de

unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara santamente...

Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo. (GE 6)

Traigo a mi memoria a todas aquellas personas que en la comunidad donde estoy, la iglesia, me han mostrado la vida cristiana y me han animado a vivir como hijo de Dios.

Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (GE7)

¿Reconozco a personas “santas” alrededor mío?

Doy gracias a Dios por ellas..

Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo... Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: «En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado» (GE 8)

Solo Dios conoce el bien que nos han hecho tantas y tantas personas ... la santidad de tantos y tantos ha fecundado la vida de muchos, a veces de forma oculta... Donde hay santidad siempre habrá vida nueva...

Te he visto...

Señor, esta mañana te doy las gracias porque te he visto. Con esto has querido que sintiera especialmente tu presencia.

- Te he visto en el rostro de aquel niño que me miraba con curiosidad cuando pasé por su lado.
- Te he visto en aquella gitana que vendía ajos en una de las puertas del mercado.
- Te he visto en aquella viejecita que entraba en la iglesia buscando aquello que, después de haberlo probado todo en la vida, le parece más auténtico.
- Te he visto en aquel camarero joven, con contrato temporal, que soportaba pacientemente los gritos del dueño del bar.
- Te he visto en los ojos claros y limpios de aquel joven que se preguntaba qué querías Tú de su vida.
- Te he visto en el trabajador del ayuntamiento que, con la pala en la mano, movía arena de la calle mientras un grupo de curiosos lo miraban.
- Te he visto en el padre de familia que volvía cansado a casa después de doce horas de trabajo.
- Te he visto en aquel joven, que, con cara triste, se pinchaba en un rincón de una calle estrecha.
- Te he visto en el rostro de Javi y de Marta que me han comunicado que habían decidido casarse.
- Te he visto en aquella religiosa que lleva cuarenta y un años sirviendo a los enfermos y nunca se habla de ella.

Ábreme los ojos, Señor, para que te pueda ver, en medio de la vida la santidad de tantos y tantos .

Cuando entra el cansancio...

A veces dudamos de nuestro amor, de nuestra fe. Nuestra vida es tan gris, tiene tan pocas apariencias de amor...

Y ahora, estamos cansados, huecos. Este vacío ¿puede ser, acaso, tu Presencia infinita?

Creemos que el cansancio es más auténtico que todo sentimentalismo amoroso hacia Ti. Llevamos encima los sufrimientos y los problemas de todos. Todos tienen derecho a exigirnos consuelo.

Pero de nuevo, Señor, vuelve la rutina y el egoísmo mezquino y nos atrae cualquier comodidad; y empezamos a hacer un nido al lado de cada rescoldo.

Estos tirones del amor humano, son un aperitivo para el amor a Ti. Que no perdamos el resuello a mitad de camino, que te amemos en cada persona, aunque estamos cansados de tanta ascensión.

Ahora, te ofrecemos este cansancio por aquellos que están más cansados que nosotros, porque no tienen ni fe; te ofrecemos este vacío por los que tienen la última ilusión ya podrida.

En este momento, en cada momento, alguien muere, alguien blasfema, una inocencia es atropellada, una persona se suicida...

Y nosotros estamos pasivos, sobre las rutinas del mundo, preocupados por insignificancias.

Señor dame la fuerza necesaria para que pueda salir de un lento abandono de la fe y pueda ayudar a las personas que se encuentran en esta situación personal de lejanía de la vida cristiana...

Pequeña escuela de oración

1. *Decídete.*

Dios nos ha querido y creado como personas libres.

A lo largo del día sopesamos muchas veces lo que vamos a hacer, fijamos prioridades, tomamos decisiones. No se hace nada sin decidir antes.

Si quieres, toma la decisión de ser alguien que ora y de entablar relación con Dios.

Decide con firmeza: ahora quiero ponerme a orar.

Por la noche toma la decisión de hacer tu oración de la mañana siguiente,

y por la mañana la de orar por la noche.
